

LA PRESENCIA FEMENINA EN EL INSTITUTO JUÁREZ (1872-1957)*

Ma. Guadalupe Rodríguez López¹

* Autoras: Beatriz Elena Valles Salas y Beatriz Coral Raigosa (2014).

1. (Texto leído el 5 de noviembre de 2014, con motivo de la presentación del libro en los pasillos de la UJED.)

Rodríguez López, María Guadalupe. 2014. "La presencia femenina en el Instituto Juárez (1872-1857). *Revista de Historia de la Universidad Juárez del Estado de Durango* 6: 149--156.

Dice don Luis González que el placer de hurgar para escribir historias empezó a menguar cuando a los académicos se nos impuso el moderno canon de producir mucho para ganar más. Esta noción productivista que tiene, sin duda, una lógica racional en el mundo por el que atravesamos, carece –creo– de sentido cuando es llevada al plano de las emociones. Cuando el modelo empresarial empezó a seducir a la Universidad, muchos de sus investigadores y docentes, cautivados por lo que la «eficiencia» prometía, empezaron a cocinar sus proyectos y sus libros al vapor. Rápido y sin sentir.

No sé cuánto les llevó a las autoras de este libro la investigación: lo que sí sé es que idear, buscar, hallar, organizar, interpretar, escribir, corregir, volver a corregir, poner, quitar y, en medio de todo ello, reír, emocionarse, dudar e imaginar –digamos que pasar por todo eso que es con lo que se hace la investigación– lleva su tiempo. Y con más razón cuando es –como en este caso– una investigación hecha entre dos, y cuando es un tema que tiene que ver en muchos sentidos con la historia personal de quien la hizo. Porque una historia sobre mujeres hecha por mujeres es siempre parte de una historia propia, lo que, sin duda, vuelve más compleja la labor y, consecuentemente, mayor es el tiempo pero mayor también es el placer de su cocina. Por eso incontables veces, en el proceso de búsqueda de información, Beatriz Valles llegaba al Instituto eufórica por los documentos, los datos, los nombres y la cantidad de cosas que entre las dos Beatrices iban encontrando en el archivo del Juárez. No pocas veces también oímos a Beatriz Valles decir sobre este libro: «¡Nos va quedando bien bonito!»

Hoy debemos celebrar, pues, que la Universidad y nuestro Instituto se mantengan como un espacio donde se pueden escribir libros que, sin quitarle mérito al rigor y al fondo, sean también producto del placer. Éste es un libro en el que *pifis*, *promeps*, *esnís* y todos sus congéneres no lograron inhibir la emoción de sus autoras. Más que todo, por eso felicito a Beatriz Valles y a Beatriz Corral así como a sus seguros, numerosos, lectores y lectoras.

La presencia femenina en el Instituto Juárez (1872-1957), en su introducción, nos anuncia una obra con enfoque de género. Esto es —entendiendo—, rastrea en la historia del Instituto las particularidades y diferencias genéricas que se fueron definiendo a lo largo de casi un siglo en la educación que se impartía en el Instituto Juárez. En ese rastreo, las autoras nos muestran cómo hubieron de coincidir múltiples circunstancias para que las mujeres pudieran acceder a los libros, las aulas, las cátedras, los premios, los arcos y los pasillos del caserón que albergaba al Instituto, e incluso a las violetas que se cultivaban en su jardín. Las condiciones se dieron, pues, para que aquel mundo, otrora destinado al disfrute exclusivo de los varones, abriera resquicios por los que empezaría a fluir el derecho de las mujeres para ocupar un espacio que ya sólo la costumbre les regateaba. Múltiples muestras de inteligencia y capacidad para el estudio venían ya dando las mujeres como para mantenerlas al margen de una instrucción superior concebida sólo para los varones.

Las autoras refieren, a lo largo del texto, hechos y circunstancias que sugieren, en primer lugar, la presencia de un pensamiento liberal que buscaba incorporar a las mujeres a la actividad productiva, con una idea de producción en la que, obviamente, no iba incluido el trabajo casero. En segundo lugar, nos muestran cómo esta paulatina incorporación de las mujeres a espacios como el de la educación superior se dio, de inicio, con marcados sesgos de género. Así, nos remiten, para dar cuenta de ello, a una legislación como fue la Ley de Instrucción Pública de 1876 (cuatro años después de bautizado como Instituto Juárez el otrora Instituto Literario), disposición que en ese año concesionó por primera vez a las mujeres el derecho a hacerse de una carrera profesional: Partera y Bellas Artes eran las dos opciones. El carácter genérico de esta legislación lo muestran las autoras cuando observan que dicha ley se refería a la carrera de «Partera», en femenino, de suerte que, desde el nombre en el texto, la profesión cerraba cualquier ranura para que los hombres pudieran siquiera imaginarse como «parteros». Hoy, esta limitante podría hacernos pensar en una discriminación de la época hacia los hombres.

En un tenor similar se desplegaba la actividad docente en el Instituto de Niñas, abierto en 1870 como expresión del avance del

pensamiento liberal, donde las alumnas eran educadas casi exclusivamente por mujeres. Había, pues, ya dos renglones, al menos, en que se hacía patente una segregación de lo masculino en áreas abiertas para las mujeres: los saberes relativos al parto y la educación de las niñas. Vale decir que esta discriminación particular de la época estaba fincada –como el texto lo sugiere– en una moral y en un pudor sociales que cerraban a los varones el acceso a aquellas vertientes recién abiertas para la incursión femenina. El mundo de las mujeres se expandía, así, en diferentes sentidos, aunque direccionado, en un principio, con fuertes cargas de género, como ocurrió –según vemos– en la docencia y en la medicina. Pareciera entonces que las mujeres transitaron, en esos años, por senderos que habían sido expresamente desbrozados para ellas y, en ocasiones, con tajante exclusión de los varones.

Sin profundizar en ello, las autoras hablan también de cómo la presencia de las mujeres en la academia, además de diferencias de género, también asumía diferencias de clase. Y así destacan que la carrera de Partera no dio muchos frutos, a diferencia de la de Bellas Artes, que dio hasta para que becarias salieran a la capital del país a realizar estudios superiores. Aquí podemos suponer que la diferencia en el curso de ambas carreras fue la procedencia social y económica de quienes llegaban a ellas. Suponemos que ser partera había sido una actividad asumida por mujeres de clase baja y media, las que, sin necesidad de ir a la escuela, se desempeñaban como comadronas sólo con los conocimientos que la práctica, movida por la necesidad, les daba; esto podría explicar que la profesión de partera haya tenido un diferente derrotero a la de Bellas Artes, la cual –igualmente sólo supongo– era elegida por jóvenes de la clase acomodada y medio acomodada, sin duda alentadas anímica y económicamente por sus familias.

Así se dio en Durango el primer despliegue de las alas femeninas en el mundo de las profesiones, con lo que se fueron asfaltando los caminos de los derechos públicos de las mujeres.

Como se ha dicho, la ya citada Ley de Instrucción Pública de 1876 abrió por primera vez la posibilidad de que las mujeres estudiaran una carrera profesional. A partir de ese momento, consignado en el texto, veremos un rosario de «primeras veces» y de «primeras mujeres» referidas a las profesiones. Hablan las

autoras de «las primeras» becarias que, por los años ochenta, fueron a dar al Conservatorio Nacional para su educación musical y artística. En 1922 encuentran a las primeras alumnas inscritas en el Instituto Juárez, estudiando música, inglés, francés, dibujo, español y matemáticas.

María Zataráin del Valle fue la primera maestra del Instituto Juárez y, posteriormente, la primera directora de la Escuela Comercial Práctica, abierta en 1922. Y, con María Zataráin como primera mentora de varones en un nivel profesional, entendemos que se alteraba no sólo el tradicional mundo femenino sino también el masculino. Carolina Isáis se desempeñó como la primera suplente de aquella primera maestra del Instituto Juárez: Mariquita Zataráin. A esta mujer, las autoras le dedican unos buenos párrafos en los que narran algunos aspectos de su vida que nos hacen pensar que Zataráin fue la primera mujer en muchas cosas. En una de las fotografías, que –por lo demás– son una parte importante del libro, se encuentra Mariquita, con sus encajes y con su dignidad, sentada en medio de 39 circunspectos varones. ¿Qué pensaba María Zataráin? ¿Qué sentía al saberse la primera mujer sentada y fotografiada formando parte del masculino cuerpo docente del Instituto Juárez? ¿Qué sentían o pensaban aquellos profesores y autoridades del Juárez? ¿Se sentirían invadidos en sus territorios, o tal vez acompañados?

Aunque visto como fuera de serie, aunque no fuera común ser como ella, María Zataráin se nos revela en este libro como un reflejo de lo que pudieron lograr las mujeres de ciertos sectores en una época en que la sensibilidad femenina era afinada por su militancia en los ideales de la Revolución. Una mujer como ella: recia, inteligente, generosa, nada le pedía a los varones para caminar los corredores del Instituto y para enseñar en sus aulas.

Pero la asimilación de una idea del mundo en el que las mujeres estaban jugando papeles distintos a los conocidos no podía ser absolutamente tersa, y así refieren nuestras autoras cómo en 1924 Jesús Vara, catedrático del Instituto, proponía cambios a la Ley de Instrucción Preparatoria y Profesional «para que no se admitieran personas del sexo femenino ni como profesoras ni como alumnas de preparatoria en el Instituto Juárez». Los cambios fueron aprobados. La «bisexualidad» en las aulas, entendida como

la presencia de personas de ambos sexos en los salones de clase, generó enormes inquietudes entre los catedráticos del Instituto. Pero la feminización de las aulas, así fuese incipiente, ya nadie la paraba, y en el mismo año, pasando por alto la aprobación de la controversial propuesta de Jesús Vara –dicen nuestras autoras–, se matriculó otra mujer, y en los siguientes años muchas más.

En 1944 se inscribió la primera mujer en la carrera de Jurisprudencia, Gracia Castillo, y fue también la primera en graduarse de abogada en el Instituto Juárez. Las hermanas Esperanza y Lilia Isáis Chávez fueron las primeras inscritas en el bachillerato de Derecho y Ciencias Sociales; Lilia llegaría a ser la primera jueza en el Juzgado Segundo Civil y, posteriormente –también en palabras de las autoras–, «ostentó la honrosa encomienda de haber sido la primera mujer en ocupar una magistratura y la primera y única presidenta» del Tribunal de Justicia del Estado. Su hermana Esperanza ocuparía el puesto de jueza del ramo civil. En 1946 se formó la primera banda de guerra del Instituto integrada por mujeres. Del bachillerato de Derecho, una hermosa fotografía muestra a María Rosa Fiscal bendita entre los varones. Y así vemos cómo se suceden los hechos: la primera mujer que recibió la medalla Benito Juárez, la primera enfermera, la primera partera, la primera reina del Juárez y la primera directora de Enfermería. De esas primeras mujeres y de muchas más nos hablan las autoras de este libro en el que dejan claro cómo es que, con todas esas «primeras veces», la sociedad de Durango abrió afluentes que conducían a una nueva sociedad, no sólo por la movilidad de las mujeres que fueron ocupando espacios nuevos y desconocidos para ellas, sino también por los varones, quienes tuvieron que trastocar esquemas en un mundo de valores que hubieron de cambiar porque la realidad así lo exigía.

El Instituto Juárez fue, sin duda, la casa de cultura con mayor reconocimiento social, consideración en la que iba implícita la idea de que lo más valioso era educar a la parte productiva de la sociedad, que eran los varones. Con el ingreso a él de las mujeres, como alumnas y como docentes, el Juárez siguió siendo la casa de cultura más importante en Durango, con la diferencia de que ahora educaba a la juventud. A una juventud conformada por hombres y por mujeres.

Como aporte personal a esa apretada pero maravillosa síntesis que hacen Beatriz Valles y Beatriz Corral acerca de la vida de María Zataráin, diré que una de las tantas habilidades adquiridas por ella era curar, y así curó a mi madre de fiebres y fue la comadrona en sus primeros partos. Aparte de hábil e inteligente, María era generosa y era también una hermosa mujer